

antaño: un tema más o menos sentimentalón o épico, un pueblo de casas así y asá, con su iglesia, ayuntamiento, cura, barbero, boticario, maestra, alcalde, sargento y bobo por decreto popular. Más o menos las mismas entidades ya tópicamente literarias están personificadas en *La Gaznápira*. Y sus acciones, su modo de comportarse ante los misterios de la vida y de la muerte, huelen a pan dorado en horno a leña, a vino salido de la vendimia y pisadas caseras, a historias y leyendas reales o inventadas por la abuela y contadas al pie del fuego hogareño en las largas noches de invierno.—MIGUEL MANRIQUE. (*Palomares*, 7, 3.º D. LEGANES).

El pícaro trágico *

Dos parecen ser los destinos de la novela. Uno es del caballero, el otro del pícaro. La novela de caballerías fija una línea que conduce al héroe hacia el poder. Lo importante es la finalidad. La novela picaresca privilegia el episodio: la vida del pícaro salta de uno en otro y no llega a ninguna parte. Pablillos huye a América, Guzmán termina en galeras.

Al elegir la picaresca como modelo, Fernando Quiñones, en *La canción del pirata*, apunta al que más tiene que ver con la novela contemporánea. El mundo español de finales del barroco, últimas décadas del XVII, es un mundo en disolución, que ha perdido el centro, donde todo declina de modo dramático y alocado. Las gentes han extraviado los viejos rumbos y no hallan otros nuevos. El pícaro, a quien Quiñones bautiza Juan de Cantueso, ensaya ser ladronzuelo, fullero, pequeño mantenido, viajero, aventurero, pirata, asistente del pintor Murillo, para acabar entre cuatro paredes carcelarias, contando su historia a un bachiller que nos la transcribe y ser, finalmente, puesto como defensor de Cádiz en el ataque de los ingleses y holandeses. Tal vez muera como un héroe, hallando en la muralla gaditana el lugar definitivo que la vida le ha negado.

Con toda lucidez, el narrador, o sea, el mismo Juanito, nos informa de sí mismo (página 286): «... ahora sí sé quién soy: un puñetero puñado de arena playera desperdigada siempre al aire que sopla, hoy aquí, al otro allí y sin más lana que no pensar en mañana. Una cosa suelta por este mundo, con un cuchillo en una mano y una baraja en la otra».

La canción del pirata es, ante todo, la obra de un poeta, quiero decir de un escritor que confía en la palabra y se abandona a ella. Para evocar la época, se vale, con paciencia de miniaturista, de un hondo estudio sobre el léxico de la literatura picaresca, pero no lo hace con afán arqueológico, como podría encararlo un historiador de la

* FERNANDO QUIÑONES: *La canción del pirata*, finalista del premio Planeta 1983, Planeta, Barcelona, 1983, 343 páginas.

lengua, sino, precisamente, dentro de la ocupación poética antes apuntada. Su castellano barroco está lleno de inventos a la manera del barroco, de barroquismos, de quiñonismos, de andalucismos y variantes del habla vulgar que resultan la invención del escritor moderno. Quiñones no intenta restaurar la época como si viviera en el XVII, sino que mira el XVII desde hoy, con interés contemporáneo, por lo que tiene de parecido con nuestros días.

La novela es, también, una novela hispanoamericana, novela de la España aventurera pobre que, enamorada del juego (barajas y océanos) se deja llevar por la casualidad hacia ultramar y recalca inciertamente en puertos poblados de gentes extrañas que apenas se reconocen por dos órdenes de signos: el idioma y el erotismo. Así el texto es una suerte de larga caricia con el curvo castellano del barroco que semeja un complaciente cuerpo femenino, en que el narrador va inscribiendo su historia y el escritor la va convirtiendo en escritura.

España pobre y hambrienta que hace el mestizaje y el mulataje americanos, España cachonda de andaluces que persiguen a indias, blancas y negras con la misma fruición lúdica, intentando devolver a la vida, en el trajín sexual, su carácter gratuito, o sea gracioso, o sea sagrado, que así es el juego, imagen del ritual. Esta es otra constante preocupación de Quiñones: la sacralidad del sexo y, por tanto, de la mujer, que igual es sacerdotisa como prostituta y ambas a la vez.

La mujer, en este relato concreto, bajo las especies de Anica, la eterna amada, esposa y compañera del pícaro, simboliza, además, el arraigo, la tierra, la madre patria que tira hacia lo sedentario, en tanto lo masculino tiende a identificarse con el mar, el nomadismo, la partida y la fuga: la empresa.

Quiñones ha estudiado con minucia y, si no fuera una cursilada, diríamos que con probidad la época y los ambientes, pero ello, con ser mucho, es lo que menos importa en esta obra de invención. Lo primordial es un nuevo ejercicio de este cuentero gaditano que insiste en una de sus labores preferidas: restaurar, en el texto escrito, la situación del narrador oral, del cuentista de taberna y de posada, que tiene siempre presente al escucha, que es, finalmente, si no el autor de la narración, el autor del texto, el transcriptor (el mismo truco que en *Las mil noches de Hortensia Romero*).

Hay en Quiñones, por fin, la doble faz de Andalucía. Por delante, la fachada colorida, jaranera y decidora. En la recámara, la otra, la sombría y trágica, la que nos muestra, en los harapos del pícaro, la ansiedad de vivir, de andar ese camino infatigable, incesante, donde el hombre no tiene un lugar propio. La extrañeza del mundo hace de la vida una fuga que termina en un castigo inmerecido, por un delito no cometido, exactamente como el pecado original. Entretener enseñando y viceversa parece ser el no proclamado principio de Quiñones. Hacer del cuarto de lupanar o de la celda carcelaria un sitio de intimidad donde un hombre se descarga de su vida, contándola, y convirtiendo el dolor de evocar sus extravíos y desdichas en el placer de construir una obra de arte.—B.M.

Por una cultura

viva y plural

Los Cuadernos del Norte

Literatura · Arte · Cine · Poesía
Pensamiento
Diálogo · Asturias · Inéditos · Música
Teatro · Actualidad...

Director: Juan Cueto Alas

Revista Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias



Redacción, Suscripciones y Administración:
Plaza de La Escandalera, 2 · Oviedo-3 · España
Apartado, 54 · Teléfono 985/22 14 94.

Revista de Occidente

Publicación periódica
Fundada en 1923 por José Ortega y Gasset

Director:
Soledad Ortega

Secretario de redacción:
Juan Pablo Fusi

Consejo de redacción:
Joaquín Arango, Violeta Demonte,
Emilio Lamo de Espinosa, Antonio Lara,
Estanislao Pérez Pita, Ana Puértolas, Gabriel Tortella,
Santiago Varela y Vicente Verdú

Edita:
Fundación José Ortega y Gasset

Secretario general:
José Varela Ortega

Redacción, suscripciones y publicidad:
Fortuny, 53. Madrid-10. Teléf.: 410 44 12

Director de publicidad:
Erik Arnoldson

Distribuidora:
Alianza Editorial, S. A.
Milán, 38. Madrid-33. Teléf.: 200 00 45

Extraordinario VI

Núms. 24-25. 500 ptas.

ORTEGA, VIVO

Escriben:

MARIA ROSA ALONSO • JUSTINO DE AZCARATE • JAIME
BENITEZ • RAMON CARANDE • PEDRO CARAVIA • JULIO
CARO BAROJA • ROSA CHACEL • LUIS DIEZ DEL
CORRAL • PAULINO GARAGORRI • F. GARCIA
ENRIQUEZ • EMILIO GARCIA GOMEZ • JOSE
GERMAIN • MANUEL GRANELL • JORGE GUILLEN • JOSE
A. MARAVALL • JULIAN MARIAS • JOSEP PLA • JOSE
PRAT • A. RODRIGUEZ HUESCAR • C.
SANCHEZ-ALBORNOZ • F. VEGA DIAZ • CONDESA DE
YEBES • MARIA ZAMBRANO • XAVIER ZUBIRI